

CHRISTOPHER R. BOYER, *Becoming Campesinos: Politics, Identity, and Agrarian Struggle in Postrevolutionary Michoacán, 1920-1935*, Stanford, Stanford University Press, 2003, 320 pp. ISBN 0-804-74-356-8

En un libro distinguido por la nitidez de su análisis, Christopher Boyer aborda la cuestión importante de cuándo y cómo la gente del campo michoacano empezó a identificarse como “campesinos”. Aunque la aparente “objetividad” de la existencia de un campesinado desde el punto de vista de los intelectuales y políticos que pretendieron construir el México posrevolucionario ha dejado esta cuestión fuera del interés de la mayoría de los historiadores, Boyer arguye que se trata del fruto de una apropiación popular pero selectivo, de elementos de un proyecto ideológico dirigido a la construcción de nuevos actores socioeconómico y político por elementos de la clase política.

Durante la década de los años veinte, líderes políticos más radicales, como Francisco J. Múgica en Michoacán, intentaron reformular los problemas rurales en términos de una lucha de clases primordial en lugar del diagnóstico liberal que sólo denunciaba las usurpaciones de tierras ilícitas sin cuestionar las desigualdades que caracterizaban la posesión de la propiedad rústica de manera más profunda. Boyer plantea que aunque este proyecto ideológico “desde arriba” para reconformar las luchas e identidades rurales no logró conquistar las mentes de la mayoría en sus primeros momentos, sino solamente convenció a una capa de “agraristas” o “revolucionarios aldeanos” cuyas actividades de pronto escaparon del control de los políticos que las promovieron, dejó huellas que a largo plazo impulsaran la apropiación de una identidad cultural campesina aun por parte de actores populares que habían rechazado el agrarismo. No se trata de una evolución en línea directa, ya que, primero, el papel de los “revolucionarios aldeanos” fue precisamente el de reconfi-

gurar las ideas de “ciudadanía y conciencia de clase” promovidas por los políticos no rurales de manera que correspondiera más a las aspiraciones, experiencias y valores de la gente rural, y segundo, porque el choque entre el proyecto revolucionario del estado sonorenses y el nacional alternativo, promovido por los activistas católicos complicó su trayectoria, politizando la religión y obligando a los agraristas a buscar una voz política por medio del movimiento encabezado por Lázaro Cárdenas (primero como gobernador de Michoacán y después como presidente de la República). Mientras que las reacciones de los agraristas a los retos producidos por la rebelión de los cristeros abrieron paso a la institucionalización y la pérdida de autonomía, este mismo proceso fortaleció la apropiación de una identidad campesina por parte del grueso de la población rural, a la vez que los conflictos y contradicciones anteriores aseguraron que la identidad campesina que al fin y al cabo se arraigaría en la conciencia popular fuera consistente con otros tipos de identidades, incluso las religiosas y étnicas. La atención prestada a las contracorrientes católicas en el análisis detallado del libro es uno de sus puntos fuertes, con la gran habilidad con que el autor maneja las contingencias históricas de situaciones locales bastante diversas.

Antes de abundar más sobre detalles, será conveniente señalar la posición teórica que sirve de eje rector para este estudio. Boyer se ubica dentro del marco de la historia “posrevisionista”, enfocándose en el concepto de hegemonía y en la idea de que un sistema de mando se produce por medio de negociaciones entre las capas dominantes y subalternas de la sociedad: es decir, los grupos subalternos no solamente rechazan algunas dimensiones de los proyectos promovidos por los agentes que se encargan de la formación del estado, sino también logran reconfigurar dichos proyectos y sus resultados “de una manera no trivial”. Además Boyer insiste, con toda razón, en que es imprescindible reconocer que ni las élites ni los grupos sociales subalternos son homogé-

neos, es decir, reconocer que en el Michoacán posrevolucionario existían diversos grupos que encabezaban distintos proyectos de transformación de la conciencia popular, al igual que una diversidad social y cultural entre los grupos subalternos que el mismo concepto clasista del “campesinado” pretendiera negar o trascender. Además, critica a algunos otros historiadores que han emprendido el estudio de procesos hegemónicos durante esta época de la historia michoacana, en particular a Marjorie Becker, por ofrecernos una perspectiva analíticamente “achata” de la conciencia política de la gente del campo con base en un modelo de “cultura” ahistórica, homogénea y de cierta manera esencialista, que privilegia una “cultura profunda” más arraigada y “auténtica” (de catolicismo popular) —y por lo tanto, en su naturaleza “resistente” a las imposiciones externas—, en lugar de reconocer que “la gente puede tener identidades culturales y perspectivas políticas que sean múltiples y aparentemente incongruentes a la misma vez” (p. 11). Boyer subraya que es precisamente a raíz de la permeabilidad de sus culturas y su susceptibilidad a los procesos de hibridación (en el sentido del término utilizado por García Canclini) que los moradores rurales logran hacer las ideologías revolucionarias congruentes con sus culturas políticas existentes. Aunque puede decirse que las dificultades de lograr una perspectiva sobre la “polivocalidad” dentro del mundo de los subalternos con base en fuentes documentales no sean insignificantes —aún añadiendo, como Boyer hizo en este estudio, las entrevistas con testigos vivos a las fuentes documentales—, sin hablar de los debates en torno a la posibilidad de “representar” las perspectivas subalternas dentro de un texto académico que tanto han preocupado a los especialistas sobre la teoría de cultura como Gayatri Spivak y John Beverley—,¹ a mi juicio, los

¹ Véase Gayatri SPIVAK, “Can the Subaltern Speak?”, en Cary NELSON y Lawrence GROSSBERG (eds.), *Marxism and the Interpretation of*

a los resultados del estudio de Boyer demuestran ampliamente el valor de tomar esta perspectiva como punto de partida. Aunque el autor insiste en que no se debe extender su análisis de manera mecánica a otras regiones que pudieran presentar trayectorias muy distintas de las de Michoacán, sin duda el interés teórico de su obra no se restringe a la historia específica de que se trata.

En el primer capítulo del libro, el autor ofrece un panorama general de los procesos que llevaron a la aceptación de una identidad general, pero no exclusiva como “campesinos” por parte de la gente del campo michoacano, empezando con el ejemplo concreto de la comunidad de El Asoleadero, en los alrededores de Zitácuaro, cuyo liderazgo original entró la década de los años veinte pidiendo un ejido al gobernador Múgica en nombre de “una comunidad de Indios”. En 1935, bajo el gobierno de Cárdenas, una nueva generación de líderes se comprometieron a “unificarse para velar por los intereses del obrero y campesino, haci como por los intereses de las Comunidades Agrarias, los cuales unidos defenderan sus intereses de clase, y defenderse de la ferrea mano de los Burgeces y Clericales que se interponen a los sanos principios de la Revolución” (p. 250, n. 5, errores ortográficos conservados). Al destacar el carácter contradictorio del estado sonorense, Boyer enfatiza que, pese a sus diferencias ideológicas en términos de cuestiones sociales, todos los políticos revolucionarios compartían un proyecto de “mejoramiento” económico, político y moral de las clases populares que tenía como su objetivo principal la formación de un nuevo “ciudadano revolucionario” cuyas lealtades se dirigieran al estado secular y a la nación y no al cura, al terrateniente ni a la “patria chica” de su aldea. Ya que aún en algunos de los “fojos rojos” del agrarismo

Culture, Urbana, University of Illinois Press, 1988; John BEVERLEY, *Subalternity and Representation: Arguments in Cultural Theory*, Durham y Londres, Duke University Press, 1999.

michoacano la visión alternativa del catolicismo resonó con gran cantidad de gente, y la confrontación entre estos dos proyectos de nación iba a producir un derramamiento considerable de sangre antes del fin de la década, mientras que los políticos ocupaban las cúpulas de poder vacilaban en términos del tipo de apoyo que estaban dispuestos a ofrecer a los grupos agraristas, en parte como consecuencia de falta de coordinación de políticas entre los gobiernos federales y estatales, Boyer plantea que el resultado a largo plazo de estos procesos fue el de desconectar la identidad aglutinadora “campesina” del agrarismo que fue el vehículo original de su promoción. Así los líderes de El Asoleadero, en 1935, se refirieron a todos los fundamentos de la “comunidad imaginada” de la nueva sociedad revolucionaria (incluso “los intereses de clase”) sin mencionar el agrarismo ni describirse como agraristas.

En el segundo capítulo, Boyer ofrece un análisis muy útil del impacto de la revolución armada en Michoacán, señalando algunas consecuencias paradójicas en lo que se refiere al poder social de las haciendas, a la vez que discute las crisis de autoridad que solían suceder en las todavía jurídicamente ex comunidades indígenas, para presentar el contexto en que el movimiento agrarista patrocinado por Múgica empezó a promover su nueva visión de lucha de clases, por medio de una reformulación de la memoria colectiva del porfiriato que resonaba con la gente como una explicación de su condición socioeconómica aun cuando no correspondiera con exactitud a su experiencia histórica “real”. El tercer capítulo presenta un análisis detallado de la gestión y legado de Múgica como gobernador de Michoacán, destaca que, pese a las acusaciones de sus enemigos políticos, y algunos aspectos de su discurso, el proyecto de los muguistas distaba de ser un pariente cercano del bolchevismo ruso, sino fue una forma de política “casera” (*homegrown*), ni liberal ni marxista, sino “una mezcla de tradiciones europeas y mexicanas” (p. 87). Aunque tal vez hubiera sido recomendable extender la discusión de la natu-

raleza de dicha mezcla en términos de procesos transnacionales un poco más, la idea de que la clase política seguiría dirigiendo la transformación de la sociedad sin duda fue un elemento clave para entender los límites de la política de Múgica en varios aspectos, incluso su incapacidad de emplear sus relaciones con el centro del estado posrevolucionario de manera eficaz y, sobre todo, su incapacidad de controlar las fuerzas locales que sus políticas destaparon. En esta discusión Boyer toma una serie de ejemplos para demostrar que el agrarismo todavía estuvo “en construcción” en esta época, cada caso de movilización campesina tenía su base en la historia específica de cada comunidad, y los solicitantes de ejidos tenían varios motivos distintos. Sin embargo, argumenta que aun cuando sus motivaciones originales no tuvieran nada que ver con el pretexto ideológico de “una lucha de los trabajadores contra los terratenientes capitalistas”, una vez que un ejido hubiera sido dotado, quedaría abierta la posibilidad de que una tradición “agrarista” pudiera ser inventada de una manera retroactiva por líderes locales en el futuro. Otro aspecto de la política de Múgica, la formación de milicias para defender la reforma agraria de los ataques de fuerzas paramilitares organizados por los terratenientes (cuyo papel está ampliamente documentado en esta obra), también fortaleció la militancia bajo las siglas del “agrarismo” (para justificar acciones que muchas veces iba más allá de lo aprobado por el gobernador en lo que se refiere a invasiones de tierras y “ajustes de cuentas” con enemigos tradicionales).

En su cuarto capítulo, Boyer ofrece una perspectiva sobre los “revolucionarios aldeanos” que prosiguieron su lucha en el ámbito local bajo las condiciones mucho menos favorables provocadas por gobernadores más conservadores en Michoacán y las administraciones de Obregón y Calles a escala nacional. En parte, se trata de los caciques agrarios, como Ernesto Prado de La Cañada de los Once Pueblos, cuyo cacicazgo se analiza con mayor detalle. Es un caso de sumo interés por varios motivos, inclu-

so porque Ernesto Prado y sus tres hermanos fueron mestizos que militaron en nombre de indígenas p'urhépechas, y porque sus fortunas políticas fueron salvadas por la intervención de Lázaro Cárdenas (por lo menos hasta 1940). En su discusión de los Prados y otros caciques agraristas, Boyer ofrece una visión bien matizada de las bases de su autoridad, sus (variadas) estrategias para lograr el “respeto” de sus seguidores y sus particularidades sociales —como intermediarios entre las aldeas y el mundo más amplio, irónica, pero inteligiblemente muy pocos fueron “campesinos”. También explora la calidad paradójica, pero otra vez inteligible de su uso de formas de autoridad “tradicional”. Ernesto Prado patrocinaba fiestas católicas como un “carguero permanente (y revolucionario)”, al igual que Primo Tapia en Naranja, aunque llegó un momento en que la necesidad de llevar a cabo una campaña anticlerical más intensa llevó a los Prados a prohibir celebraciones no organizadas por ellos, provocando mayor oposición por parte de los llamados “fanáticos” indígenas.

El valor de esta discusión se aumenta por su consideración del papel de actores menos ligados a la vida social íntima de las comunidades rurales, los maestros (y maestras) rurales politizados, enviados a las zonas rurales por el gobierno federal como “misioneros” de la nueva cultura del estado posrevolucionario. Aunque la influencia de dichos agentes dependió estrechamente del apoyo de los caciques y abundaron las contradicciones, el análisis de Boyer demuestra que vale la pena investigar su impacto, ya que no todos los “campesinos en formación” rechazaron las escuelas y sus actividades fortalecieron el impulso anticlerical que provocó la reacción cristera.

De hecho, los católicos tenían su proyecto educativo, al igual que su proyecto nacional, y en el quinto capítulo Boyer plantea que los activistas católicos hicieron su aportación a la definición de un “campesinado” dotado con intereses colectivos pese a su rechazo de ideologías de luchas de clases. Sin embargo, pese

a las diferencias culturales y políticas entre los agraristas locales y las cúpulas de la familia revolucionaria, aquéllos no solamente no se levantaron en armas contra el gobierno, sino se esforzaron para defender el estado posrevolucionario. Boyer argumenta que la explicación de su postura debe ir más allá de la cuestión pragmática de la posesión de la tierra, ya que se trató del futuro de su movimiento y un proyecto revolucionario que los agraristas definieron en términos de lucha de clases y la defensa de la ciudadanía revolucionaria, un proyecto bloqueado por la insurrección cristera (p. 173). Su idea de que la división expresó visiones distintas de la nación me parece una perspectiva valiosa para entender el fracaso de los esfuerzos de Enrique Gorostieta, el líder cristero en Michoacán, de desligar la cuestión de la tierra de la conciencia religiosa.

El capítulo cinco termina con un epílogo que discute la pacificación de Michoacán por parte de Lázaro Cárdenas, cuyo mandato como gobernador empezó en septiembre de 1928, ofreció un resumen muy útil del caso de Coalcomán, donde el pragmatismo del caudillo revolucionario tuvo consecuencias importantes a más largo plazo, la zona conservó un grado elevado de “autonomía” frente al estado nacional hasta los años sesenta. Sin embargo, los compromisos entre los jefes cristeros y Cárdenas no fueron aceptables a todos los seguidores de la Cristiada, como demuestra el culto milenario construido por el padre rebelde Epifanio Madrigal. Aunque el culto local que se desarrolló después de la muerte de Madrigal a manos de soldados federales, la Cruz del Palo, fue aún más exótico, éstos son casos extremos de problemas más generales que destacan la importancia del tema de la variedad de las resistencias culturales locales a la implantación de la nueva cultura del estado. Dicho tema sigue central al análisis del sexto capítulo, el cual empieza con una evaluación de labor política e ideológica de la administración de Cárdenas en el estado, revisa su primer intento de “institucionalizar” el agraris-

mo por medio de la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo (CRMDT). Aunque la historia de esta época ha sido investigada por muchos, el autor añade muchas observaciones interesantes a los trabajos existentes. Demuestra tanto las causas y logros como los costos de la alianza de los “revolucionarios aldeanos” con Cárdenas sin perder de vista su enfoque sobre los choques entre ideologías revolucionarias y distintas sensibilidades locales, ofrece una discusión del proyecto cultural de Cárdenas y de los frecuentes fracasos de sus proyectos educativos, antes de abordar el tema del periodo difícil producido por la sucesión de Benigno Serrato como gobernador.

En su conclusión, Boyer ofrece un balance de los legados a largo plazo de los procesos analizados en el libro, vistos desde la perspectiva de la “reforma” salinista y de las reacciones que provocó dicho proyecto. Plantea que la aceptación de la gente del campo de una identidad campesina continuará a ofrecerles “una herramienta cognoscitiva para promover la solidaridad en lucha contra los peores efectos de la marginación política y la globalización económica” en el futuro —aunque acepta que dista de ser cierto que una política de sobrevivencia campesina fuese una opción viable en el ambiente de austeridad del siglo XXI (p. 240). Su argumento sobre la difusión general de una identidad campesina se basa en las consecuencias positivas del declive del agrarismo militante, el anticlericalismo y la retórica de lucha de clases bajo las administraciones de los años cuarenta y cincuenta. Pese a su abandono del principio de “empoderamiento” campesino (tanto económico como político), al rechazar la política de polarización, las administraciones subsecuentes abrieron paso al fortalecimiento de una identidad campesina más “híbrida” e incluyente. A juicio de Boyer, la gente del campo fue la autora de esta transformación, prefiriendo rechazar la exclusividad en favor de una identidad que combinara otras formas e identidades culturales, a menudo descalificadas por el discurso del agrarismo y del nacionalismo revolu-

cionario. Boyer sugiere que dicha tendencia fue evidente desde los últimos años de la década de los años veinte, cuando las organizaciones de mujeres empezaron a definirse y a utilizar el adjetivo “campesina” (p. 235), pero que se manifestó de manera más completa cuando, a partir de la segunda mitad del siglo XX, el vocabulario popular se extendió para incluir “los campesinos indígenas” y hasta “los campesinos católicos”.

Desde esta perspectiva, el campesinado mexicano se caracteriza por su pluralismo y tendencias hacia la solidaridad (las contratendencias son producto de un modelo de desarrollo ajeno a los intereses de la gente del campo). Sin embargo, aunque el poder de movilización de una identidad campesina transformada en mito popular de la Revolución no cumplida sigue manifestándose en ciertos contextos y momentos históricos (como Chiapas en 1994 y en Ateneo a principios del nuevo milenio), no estoy totalmente convencido por este tipo de perspectivas. En el caso de Michoacán, no faltan ejemplos de zonas en las cuales los legados de historias conflictivas anteriores y maniobras políticas por parte de actores locales no campesinos, fortalecieron divisiones entre grupos étnicos en el transcurso del siglo XX, a menudo codificadas en términos de racismo mutuo. Aun dentro de la “etnia”, las identidades híbridas pueden armar tanto un proceso de diferenciación como de solidaridad.

No cabe duda que la identidad híbrida especial de las comunidades que conformaron la base original del neozapatismo chiapaneco fue la raíz de su capacidad de desarrollar una política cultural muy creativa e inclusiva, orientada no sólo a la formación de identidades indígenas más genéricas, sino también a la desconstrucción de las fronteras entre la sociedad mestiza-mexicana y las comunidades indígenas construidas por otras dimensiones del proyecto nacional posrevolucionario poco discutidas en el libro de Boyer. Sin embargo, tanto los límites de la hegemonía que los zapatistas han logrado establecer dentro de la sociedad

chiapaneca, como los problemas que los esfuerzos para construir “una alianza para el campo” siguen enfrentando pese a una amplia gama de consenso sobre las raíces comunes de sus problemas entre una amplia gama de actores rurales, tal vez indiquen que no sólo los impactos de las realidades socioeconómicas sobre la capacidad de movilización de los movimientos actuales, sino también las lógicas divisoras de la política de identidades posmoderna bajo sistemas de mando neoliberales, imponen trabas sobre la solidaridad potencial que es el legado de la historia de apropiación popular y selectiva de elementos de las ideologías revolucionarias modernistas que Boyer nos cuenta en este libro excelente.

John Gledhill

The University of Manchester

MOISÉS GONZÁLEZ NAVARRO, *México: el capitalismo nacionalista*, Guadalajara, México, Universidad de Guadalajara, 2003, 759 pp. ISBN 970-2702-13-5

Hablar de don Moisés González Navarro equivale a hablar del historiador que mejor ha estudiado y conoce el siglo XIX mexicano. A través de numerosos artículos publicados en *Historia Mexicana* y en otras revistas de excelencia académica, al igual que en libros como *Anatomía del poder en México*, ha incurrido en los intrincados renglones de esta centuria, en la que nuestro país tuvo que transitar del antiguo régimen al Estado moderno. Con el rigor y una disciplina admirable, ha estudiado los tres periodos medulares en que hemos subdividido estos 100 años: la independencia, la reforma liberal y el porfiriato. Como todos sabemos, más de 50 años ha dedicado a la búsqueda de nuevas fuentes en los archivos nacionales y extranjeros para